

a la fractura de los criterios, son algunos de los cambios experimentados en la postmodernidad que promueven el replanteamiento de la tarea de educar en todos los contextos, incluido el familiar. El autor señala como punto de partida el concepto de familia como comunidad ética de personas, en la que las aspiraciones individuales se hacen compatibles con un proyecto de vida en común, y en el que las relaciones familiares se humanizan y desenvuelven éticamente. El reconocimiento y acogida del otro, la donación gratuita y desinteresada, la reciprocidad asimétrica, etc., son algunas de las ideas que dan cuerpo a dicha relación.

Posteriormente, establece como contenido educativo de la familia, los valores, resaltando que el aprendizaje de éstos no es instructivo-cognitivo, sino emocional-conductual, es decir, demanda necesariamente la experimentación de las emociones que se desencadenan en la vivencia del mismo. La propuesta de los valores a transmitir en la vida familiar es ante todo prudente y respetuosa con la realidad particular de cada familia, aunque subraya la importancia de los valores relacionados con la convivencia, el desarrollo de la identidad personal y la integración sociolaboral, y establece como mecanismos que favorecen la apropiación de los valores, la escucha atenta, el tacto, sentido del humor, así como una comunicación interpersonal desde la pedagogía del testimonio.

El segundo capítulo de este libro describe minuciosamente el contexto familiar para adentrarse en la evaluación de un programa de educación

MÍNGUEZ VALLEJOS, R. (2011) *La responsabilidad como respuesta educativa*. México, CETYS.

El fuerte individualismo, el desencanto cultural, la desconfianza en la credibilidad de las transmisiones, junto

familiar centrado en el cuidado responsable. Se exponen los cambios y transformaciones experimentados por la familia, la diversidad de modelos familiares, la inexistencia de una definición de familia compartida, las dificultades que ésta experimenta para poder completar un proyecto de vida en común, así como las contradicciones y ambigüedades presentes en el cuidado responsable de los hijos, lo que denota, tal y como desvela la «teoría sociológica de la familia», que no existe una única manera de observar la realidad familiar. Frente al modelo narcisista de vida familiar se apuesta por un modelo de relaciones personales y de vida en comunidad que favorezca la posibilidad de ser transmisora de valores, situando sus ejes educativos en la libertad, la igualdad y el cariño, entre otros. Para el autor, desde una perspectiva ética, existe familia en la medida en la que hay unos adultos, una prole y un cuidado responsable de éstos, entendiéndola como una estructura de acogida incondicional y una apertura al otro desde su vulnerabilidad.

Tras este posicionamiento, el autor recoge los resultados de un proyecto de investigación, exponiendo en primer lugar los rasgos definitorios de las 1.518 familias que componen la muestra, representadas en un 83,3% por mujeres, con una edad media oscilante de los 31 a los 45 años, mayoritariamente de nacionalidad española (84,6%), con un panorama laboral variopinto y poco estable, especialmente en el caso de las madres, y con una formación media alta (estudios secundarios y universitarios). En lo que respecta a la

estructura familiar, predomina el modelo nuclear, con un solo hijo, y con una clara división de roles, siendo las mujeres las que asumen habitualmente las tareas del hogar y el cuidado de los hijos. En cuanto a los valores familiares se han registrado distintos focos de atención educativa familiar. En primer lugar, valores centrados en la adquisición de conocimientos, capacidades, normas y hábitos de comportamiento que favorecen la vida familiar y escolar (buenos modales, esfuerzo en los estudios y constancia, obediencia, tolerancia y respeto a los demás), seguido de los valores de convivencia familiar especialmente vinculados a lo emocional. Por otra parte, se observa una distinción de género, ya que los valores centrados en la alimentación, cuidado físico, ocio y tiempo libre, así como valores prosociales, son transmitidos mayoritariamente por las madres, mientras que valores hedonistas, de éxito profesional y consumistas son más propios de los padres. Finalmente, la utilización del tiempo en la vida familiar se expresa de forma desigual, siendo las madres las que asumen mayoritariamente las tareas del hogar y el cuidado de los hijos. La escasa presencia de los padres durante la semana tiende a ser suplida con una mayor presencia los fines de semana.

De manera similar, la escuela ha experimentado una serie de cambios que demandan replantear no sólo cómo enseñar, sino qué, por qué y para qué enseñar, lo que supone cuestionar profundamente el modelo de educación. Asistimos al declive de las instituciones, principalmente por la precariedad de lo que la escuela

transmite, promoviendo la desorientación y desamparo del individuo, ya que la ciencia y la tecnología aportan soluciones, pero no son la respuesta a todas las problemáticas educativas, en ocasiones se demanda una solución de tipo ético-moral. La educación en valores requiere un compromiso superior de lo «políticamente correcto» de todos los miembros que componen la comunidad escolar, especialmente de los docentes y la familia, promoviendo auténticas comunidades de aprendizaje. Nuevamente, el autor sitúa en Levinas la ética que enmarca esta educación, concibiendo al educador como aquel que reclama el cuidado, la protección y promoción de lo humano de cada individuo, y la educación como un acto de amor desinteresado. Se trata de una relación ética, cuya respuesta viene inapelablemente relacionada a la demanda del rostro del otro, estableciendo una disponibilidad permanente de apertura al otro (acogida, acompañamiento y cuidado). Desde la pedagogía de la alteridad, el educador debe huir de toda instrumentalización del ser humano e integrar las narraciones y testimonios en su práctica docente como estrategias que favorecen la transmisión de valores.

Este trabajo finaliza con una oda a la responsabilidad. Vivimos en una sociedad donde la responsabilidad queda disuelta en la colectividad, produciéndose una deconstrucción del ser humano que vive en la ambigüedad y ambivalencia. La provisionalidad, la desaparición de la confianza, el carácter efímero sobre lo que hay que educar, la cultura audiovisual, las redes sociales como nuevo espacio

público de la ciudadanía, el aumento del ser narcisista, son realidades que demandan una respuesta educativa, pues conducen, en palabras del autor, al aumento de la irresponsabilidad colectiva. Se rompe con un concepto kantiano de responsabilidad centrada en la autonomía de la voluntad, para situarse en una responsabilidad de la alteridad. De ahí que la educación deba huir del universalismo del hombre para posicionarse como posibilidad configuradora de seres humanos concretos que buscan dar sentido a sus propias vidas, reconociendo que éste está inevitablemente atado a la realidad que le circunda y a todo aquello que le afecta e interpela.

M.^a Ángeles Hernández Prados